

Antonio CALVO MATURANA, *Impostores. Sombras en la España de las Luces*, Madrid, Cátedra (Historia Serie Mayor), 2015, 396 págs.

Ya en los primeros textos que nos han legado las civilizaciones clásicas aparecen con frecuencia *impostores*. Y seguirán llenando capítulos en muchas sagas, cuentos e historias contadas y escritas en los tres últimos milenios.

Impostores ha habido, pues, siempre. Como los hay en nuestros días. Pero en los siglos anteriores al triunfo del individualismo liberal burgués, cuando el nacimiento marcaba tan profundamente el futuro de los hombres y mujeres y condicionaba el ascenso social, ese deseo de medro, aunque podía lograrse, no resultaba fácil. Máxime si tenemos en cuenta que solo empieza a cuestionarse la injusticia de una sociedad «de estados» por algunos pensadores ya entrado el siglo de las Luces. Y bajo la atenta mirada de unas autoridades, civiles y religiosas, dispuestas a castigar duramente a quien contraviniera el orden establecido. De hecho, los que ascienden socialmente (ya sea porque reciben del rey un premio a sus servicios prestados, compran un título porque la Hacienda Real necesita dineros, casen a sus hijos e hijas con nobles, o porque se «cuelan» falsificando documentos), no cuestionan el modelo de sociedad. Simplemente buscan su medro personal, pero sin tratar de cambiar un ápice aquel orden. La Iglesia, por su parte, santificaba claramente esa sociedad. Y si un clérigo de comienzos del siglo XVII ya escribía que «deleita la división en grados», no es extraño encontrarnos textos religiosos que justifican plenamente la estratificación social en los siglos XVIII, XIX... y aún del XX. Queda el recurso a la resignación cristiana.

Antonio Calvo nos recuerda alguno de esos casos de impostura que se dieron en la España Moderna, pero se centra particularmente en nuestro siglo XVIII y en las primeras décadas del XIX. Al fin y al cabo, el profesor Calvo Maturana es hoy uno de los más reputados historiadores de la España del siglo XVIII y de los años finales de la crisis del Antiguo Régimen, y autor de algunas obras de ineludible consulta sobre el período, como las que dedicó a *María Luisa de*



*Parma: reina de España, esclava del mito; Aquél que manda en las conciencias: iglesia y adoctrinamiento político en la Monarquía Hispánica preconstitucional (1780-1808); Cuando manden los que obedecen: la clase política e intelectual de la España preliberal; o Génesis del II Imperio Británico y ocaso del universalismo español: la doble vertiente del conflicto de Nootka (1790).*

La suplantación, la impostura, el disfraz, podían ayudar a escapar del papel al que un inmovilista sistema condenaba a quienes la herencia (o la función en el caso del Clero) no concedía el estatus de privilegiado. O a quienes debían disimular, camuflarse, en una sociedad intolerante. Pero también hay casos de *impostores* que no se encuadran bajo la etiqueta de «no privilegiados» que buscan ascender, como es el caso de Pedro de Rusia, en su peculiar «viaje de incognito» por Europa... Capítulo especial es el que podríamos dedicar a las mujeres disfrazadas de hombres. Por cierto, nos recuerda Antonio Calvo que aparecen estos personajes en 113 de las 460 comedias que escribió Lope de Vega.

Como bien aprendimos del maestro Domínguez Ortiz, la sociedad estamental no era absolutamente rígida e impermeable, como tampoco es absolutamente abierta nuestra sociedad de clases, habiendo claros resabios estamentales en esta, como había rasgos clasistas en aquella. «El plebeyo enriquecido hallaba facilidades para introducirse en la hidalguía y el hidalgo empobrecido dificultades para conservarlas». Ya escribía en 1629 Fray Benito de Peñalosa que «no se puede negar sino que las riquezas, por la mayor parte, dan causa de ennoblecen a los que tienen por lo mucho que el dinero puede...». Maravall, como nos recuerda Calvo Maturana, hablaba de «la aspiración social del medro» que llevaba a algunas personas capaces a desafiar al orden establecido. Entre estas individualidades están los impostores, esas «personas que se hacen pasar por quienes no son».

En cualquier caso, en esa sociedad, era fundamental «el porte de la vida», la apariencia. Juan Sempere y Guarinos, en su *Historia del lujo y de las Leyes Suntuarias de España*, publicada en 1788, nos hablaba de «un estado, en donde, por lo general, los medios para subir a otra clase superior no son la moderación o la virtud, sino las riquezas, o los empleos; en donde se aprecian los hombres, no por sus prendas, y conducta, sino por su porte exterior; y finalmente, en donde el ir bien vestido es una de las circunstancias que más se atienden para ser recibidos hombres, y mujeres, en las ocurrencias públicas y privadas...». No difería mucho de lo que Cristóbal de Fonseca, en su *Tratado del Amor de Dios*, de 1592, comentaba del «pecado» de los españoles: «Entre los demás vicios y deleytes desta vida entra el exceso de los vestidos, la variedad de las galas y los trages [...] de que la nación española particularmente es tan notada en el mundo...», porque los españoles son «vanagloriosos y soberbios y de demasia-

dos en invenciones y trages...» (Julio CARO BAROJA, *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Akal, 1978, pág. 412).

Son tiempos en los que, nos recuerda Antonio Calvo, la puesta en escena (vestimenta, insignias, modales) imperaba sobre el documento. Entre otras muchas razones porque hasta el primer tercio del siglo XIX no había, apenas, pasaportes ni documentos de identidad. Ni fotografías...

El trabajo que nos ocupa es un riguroso estudio científico, documentado exhaustivamente en fuentes judiciales, que no cae nunca en una recopilación de anécdotas o rumores sin confirmar, por mucho que hayan pasado a tenerse por sucedidos, en «historia impostada». Todos los casos que estudia son reales, sucedieron. Y lo sabemos porque fueron descubiertos por las autoridades. Otra cosa es, nos recuerda el autor, que pudieron ser muchísimos los que no conocemos porque triunfaron en su empeño de hacerse pasar por lo que no eran...

Son muchos los méritos de este libro. Empezando por la condición de pionero ya que es una absoluta novedad en nuestra historiografía. Y por la prosa del autor, que es capaz de hacernos pasar buenos ratos con los personajes que nos presenta, aunque los datos que les dan vida estén sacados de expedientes inquisitoriales o informes jurídicos. O que nos hacen meditar y preguntarnos, como hace el autor en sus oportunas reflexiones, ¿cuántos personajes históricos consideramos «auténticos» y «legítimos» cuando no lo son, pero consiguieron éxito en sus imposturas? ¿Les llamamos impostores o pretendientes porque fracasaron?

Uno de sus capítulos lo dedica a los impostores de la realeza y de la nobleza. Y es que, naturalmente, «la impostura más ambiciosa ha sido la suplantación de un monarca». Y eso que en la Historia de España son muy pocos los impostores regios, comparándolos con los de otros países europeos, con Rusia en primer lugar, pero con casos llamativos en Francia, en Inglaterra o en Alemania. Pero los hubo también en España, como «el Encubierto», o «el pastelero de Madrigal».

En la segunda mitad del siglo XVIII, que tan bien conoce Calvo Maturana, hubo varios casos de impostores que se decían hijos de infantes (Luis de Borbón) y aún hijos de Carlos III, Carlos IV y de Luis XVI. Pero de esos supuestos Borbones, destacan las peripecias vitales de los falsos *conde de Montalbán* y *príncipe de Módena*, dignas de convertirse en novelas de aventuras. Con distinto recorrido, ciertamente, porque aquel, presunto hijo reconocido de Carlos III, vivió hasta el fin de sus días «como un príncipe», sorteando con éxito las acusaciones que le llegaban de las autoridades de diversos países (Württemberg, España, Módena, Francia), en tanto que el otro disfrutó también de una vida

principesca, intensa, pero mucho más corta. Y acabó cumpliendo casi cuatro décadas de condena en el Peñón de Vélez de la Gomera. Con todo, la vida de este impostor que vivió una fulgurante vida como personaje real cuando rondaba los veinte años es todo un tratado de cómo puede un individuo «listo» y decidido hacerse pasar por todo un príncipe, deslumbrando no solo al pueblo llano sino a las autoridades, y tanto en las Indias como en la España de Carlos III. Probablemente (que es lo máximo que se puede decir en estos casos) este francés nacido alrededor de 1730, sirvió como criado de un guardia de corps de Luis XV y, en torno a los veinte años comenzó una prodigiosa vida en Francia, la isla de Martinica, Sevilla o Ceuta, engañando a todos durante unos años.

También nos recuerda Antonio Calvo que «las personas poderosas tienen la necesidad de fingir o disfrazarse». Incluso los reyes. Varios lo hicieron (los más conocidos fueron Pedro de Rusia, Cristina de Suecia, Carlos Estuardo, José II de Austria, o Luis XVI y María Antonieta) pero muchos más fueron los reyes a los que el imaginario popular decía haber visto en calles, fondas, tabernas, vestidos de manera que podían mezclarse con el pueblo. (En nuestros días, ¿quién no conoce a algún amigo que le asegura haber visto al Rey Juan Carlos I en moto, con casco para mejor ocultar su rostro?).

Pero son particularmente atractivos para el lector las páginas que dedica este estudio a la «Nobleza impostada» y a los «Impostores eclesiásticos». Es obvio que tanto los nobles como los miembros del Clero gozaban en aquella sociedad de enormes ventajas sobre el pueblo llano, lo que ya de por sí haría crecer un impulso de imitación. Eran los modelos en los que se miraban quienes no podían, legalmente, «vivir como nobles». Es bien sabido que no era una sociedad absolutamente hermética y que existía la posibilidad de ascender legalmente al estamento privilegiado, aunque fuera difícil y conllevara, al menos inicialmente, una cierta carga de crítica y desdén para con el nuevo desclasado. Pero Antonio Calvo se interesa por los que quisieron o aparentaron ser nobles de manera ilegal. Por ejemplo, tratando de conseguir certificados de hidalguía. De sus investigaciones en los Archivos de las Chancillerías de Granada y Valladolid, o en el Histórico Nacional, extrae numerosos ejemplos de pleitos que daban por resultado, no pocas veces, sentencias en las que se tachaba de falsarios a los que pedían, con falsos documentos, ser tenidos por hidalgos. Y se descubrían, de paso, auténticas mafias locales que falsificaban árboles genealógicos o documentos probatorios del origen noble de quien pagaba dinero «por hacerse hidalgo». Como bien nos recuerda el autor, los impostores, los falsarios que pretendían ascender en aquella sociedad *ilegalmente* no cuestionaban el sistema, no eran revolucionarios. Solo pretendían su medro personal, no el de sus congéneres de estamento. Que, por cierto, se dejaban deslumbrar inicial-

mente por esos impostores, pero reaccionaban duramente contra ellos cuando eran descubiertos.

En cuanto a los impostores eclesiásticos, destacan el número y la variedad de casos. El más destacado de todos, el del «arzobispo de Toledo y cardenal». Pero antes de él ha revisado el libro que nos ocupa muchos casos de falsos curas, pordioseros, pedigüeños, confesores impostados, falsos jesuitas, jesuitas disfrazados, espías vestidos de curas, falsos inquisidores, y un sinfín de casos. El autor excluye, deliberadamente, a los falsos conversos auténticos, es decir a los judíos, musulmanes o protestantes que fingían ser católicos. Pero, en cambio, dedica interesantes páginas a otros falsos conversos: aquellos españoles católicos que fingieron haber seguido otra religión y que habían abrazado, gracias a Dios, la verdadera fe, aunque ello les había llevado al lastimoso estado en que se encontraban y les obligaba a pedir limosna... Lo que debían tener claro era que no podían traspasar una línea roja: administrar sacramentos. Aunque alguno lo hizo, y pagó por ello. De todos los casos que recoge el libro, no hay duda de que resulta particularmente atractivo el del sargento Francisco de Mayoral, nacido en 1781, que sentó plaza de soldado y combatió en la Guerra de la Independencia hasta que fue hecho prisionero en Ciudad Rodrigo, en 1810, y enviado a los depósitos de prisioneros en Francia. A partir de este momento, y hasta 1824, año en el que se pierde su rastro, Mayoral se convirtió, con razonable aunque efímero éxito, en fraile, primero, y en cardenal de Borbón, después. Llegó a escribir a su «primo» Fernando VII. Bien es verdad que acabó siendo juzgado y condenado por la Inquisición, pero una y otra vez conseguía librarse de castigos o celdas peores. Hasta tuvo a su favor la liberación de presos ordenada por el nuevo gobierno liberal de 1820. Su apasionante historia, de la que ya contábamos con algunos trabajos, recibe con las investigaciones de Calvo Maturana el definitivo espaldarazo. Para este autor, «es uno de los mayores impostores españoles de todos los tiempos».

Es el empeño de Antonio Calvo por buscar las razones que empujaron a «sus» impostores a aparentar lo que no eran lo que nos permite entender el mundo en que vivieron, desde una perspectiva social, política y cultural. Al fin y al cabo, cada impostor es un hombre de su tiempo y debemos entenderlo, precisamente, desde la perspectiva de su momento, no de la nuestra. Por eso, por ejemplo, eran frecuentes los «impostores eclesiásticos», lo que en nuestros días no tendría sentido, porque «cada época tiene sus propios modelos de impostura». (Ni que decir tiene que entre nosotros también hay impostores, por supuesto).

Otro de los grupos de impostores estudiados es el de los espías, aventureros y conspiradores. Entre ellos destacan las figuras de Alí Bey y Jorge

Juan Santacilia. El primero, el catalán Domingo Badía y Lebllich (1767-1818) se paseó por el norte de África y por Oriente Medio en la primera década del siglo XIX *impostado* de musulmán, según el *Plan de Viaje a África* que había presentado al gobierno de Carlos IV, con fines científicos y económicos, aunque adquirió objetivos políticos cuando Godoy lo apadrinó tras el rechazo de otras instituciones como la Academia de la Historia. Desde Marruecos, adonde llegó en 1803, viajó a Egipto, Arabia y Siria, llegando a visitar La Meca y Jerusalén. Regresó a España en 1808 y volvió a emprender un segundo viaje en 1817, en el que moriría ¿de disentería, envenenado? meses más tarde. Publicó un libro sobre sus *Viajes*, apasionante y fabulada novela de aventuras, que puede inscribirse en el incipiente *orientalismo* tan significativo de aquel momento histórico que estaba anunciando el segundo gran imperialismo europeo, al que Ali Bey hubiera querido contribuir, aunque la España de su tiempo no estaba preparada. El otro gran personaje de este grupo estudiado por Calvo Maturana es el alicantino Jorge Juan Santa Cilia, uno de nuestros marinos ilustrados e ilustres, que fue, en los años iniciales del reinado de Fernando VI, uno de los varios espías que los Borbones de Madrid enviaron a Europa para adquirir, legal o ilegalmente, comprándolos o «espíándolos», cualquier novedad industrial (o experto artesano) que permitiese a la industria y a los ejércitos y marina reales hacerse con las innovaciones tecnológicas que se estaban creando en Inglaterra, Francia, Holanda, y otros países europeos. Por cierto, Jorge Juan tuvo éxito, pero estuvo a punto de ser arrestado como espía al ser descubierto. Pudo llegar a Francia, volver a España y continuar su extraordinaria carrera científico-militar.

Otro capítulo es el de las «Mujeres en hábito de hombres», travestismo por cierto muy antiguo ya que tenemos bastantes ejemplos de mujeres que se disfrazaban de hombres en la antigüedad clásica. Y eso pese a que «el travestismo puede ser la más complicada de las imposturas, puesto que afecta al primer rasgo distintivo de una persona». Repasa muchos casos de este fenómeno tan habitual en todas las sociedades y en todas las épocas, entre otros los de alguno de los casos más célebres de esas mujeres impostadas de hombre en la Edad Moderna (Catalina de Arauso, la «monja alférez»; Enriqueta Fávez, que obtuvo el título de médico-cirujano en el París de Napoleón; Ana María de Soto, infante de marina de Carlos IV) pero en estas páginas, cuya lectura es apasionante y, a veces, divertida, se puede captar una idea clara: ante una sociedad marcadamente patriarcal, el recurso al travestismo femenino podía deberse, a veces, al mero afán de aventuras o a una inclinación sexual, pero normalmente obedecía al deseo de disfrutar de los privilegios del hombre, al que la mujer no podía acceder porque se debía al padre, al marido, al hermano, al hijo...

Aparte de un capítulo dedicado a alguno de los «retornos» más famosos de la Europa Moderna (y muy especialmente el de Martin Guerre), en el que reconoce que no ha encontrado casos de españoles «regresados», el libro se cierra con una interesante reflexión sobre la «Vigencia de la Impostura», y con una abundante bibliografía y un útil «Índice onomástico de impostores, farsantes, falsificadores, travestidos, pretendientes, suplantadores y suplantados».

Brillante, original, novedoso, bien escrito, y apoyado en una espléndida bibliografía y documentación de archivo, este trabajo de historia social abre la puerta, a buen seguro, de futuras obras a las que Antonio Calvo Maturana ha abierto camino, en nuestra historiografía hispana.

JOSÉ CEPEDA GÓMEZ